

unión de los afectados que se traduciría en un deseo de independencia de los reinos de ultramar.

María Isabel Sánchez Maldonado

*Instituto Nacional de Antropología e Historia, Michoacán*

LUIS FERNANDO GRANADOS SALINAS, *Sueñan las piedras. Alzamiento ocurrido en la ciudad de México, 14, 15 y 16 de septiembre de 1847*, México, Ediciones Era, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 2003, «Problemas de México», 173 pp. ISBN 9703500250

Con la invasión estadounidense de 1847, en la capital de México se volvieron a vivir miedos del tiempo de la fundación española. En aquel entonces, los conquistadores, los pobladores recién llegados a la capital pasaron en vela noches de espanto; las que siguieron a la borrachera del triunfo, pero sobre todo a la inverosímil decisión de ubicar el centro de la capital española en el espacio sagrado de la vencida Tenochtitlan. Temeridad imponderable la de don Hernán Cortés: decidir asentar sus reales en el corazón exangüe de un imperio que acababa de ser tan inexplicable, providencialmente vencido. Dar comienzo, desde ahí, a exigencias tributarias; fincar palacios, conventos, y todo, sobre las ruinas aún humeantes de la capital aborigen y con las piedras de sus templos. Todo, otra vez, con el remordimiento de haber intrigado entre viejas querellas del Nuevo Mundo y cuando se cuenta apenas con un puñado de hombres cuya pretendida superioridad en el momento de la guerra se había fincado, ante todo, en la sorpresa. Noches tenebrosas e insomnes tienen que haber sido las que veló aquel contingente de aventureros en el centro

de un universo enemigo. Cortés vio, vivió el peligro, claro, y lo palió cuanto pudo. Construyó las atarazanas para tener a la mano los navíos que habían hecho posible la toma de Tenochtitlan y permitirían la huida. Ordenó que se tuviera franca la salida por la calzada de Tacuba: empedrada, y con casas de conquistadores en sus flancos para que velaran esa escapatoria de la trampa que militarmente podría significar el islote. Todo ello muy pertinente, pero inútil de haberse generalizado un levantamiento. Pasó mucho tiempo antes de que aquella ciudad invasora olvidara su terror, para que durmiera con ambos ojos cerrados, para que terminara por olvidar otras medidas que al principio se habían pensado pertinentes, como la de amurallar la ciudad, pero desde entonces, qué poco hemos hecho por entender el intrigante mutismo de los circunspectos vecinos tenochcas.

Un miedo y un mutismo similares parecen volver en 1847 entre los habitantes de la ciudad, otra vez bajo circundante amenaza. Pero hay que aclarar. Por increíble que parezca, a las "personas decentes" que habitan el centro les asusta la irrupción del invasor, por supuesto, pero abandonadas por las autoridades a su suerte, más las asusta quedar rodeadas y como a disposición de los habitantes de los barrios: morada de una plebe que pensaban malhechora y ahora anticipan irrestricta, vengativa; renace para la vieja traza española aquel terror primigenio, de cerco, de los días de la fundación. Otra vez las noches de desamparo de unos cuantos privilegiados en garras de una población vecina, pero adversa. Ese miedo es tan grande que los hace olvidar y hasta desear la llegada de las fuerzas del invasor estadounidense que garanticen un nuevo orden.

¿Se ha contemplado por un momento el aspecto físico y moral de inseguridad que ofrecerán las calles y suburbios de México entregados a las tinieblas durante las noches oscuras, en un tiempo como el que por desgracia puede llegar, en que los vagos y malhechores del seno mismo de nuestra población o de fuera de ella, han de estar en conti-

nuo acecho de las personas y aun de las casas para apoderarse de ellas y sacrificarlas a la voracidad rapaz del espíritu de destrucción que anima siempre a esta clase de gentes?

Y es claro que aquel miedo viejo reaparece, tres siglos después, porque los arrabales de la traza española siguen siendo considerados un peligro latente. Siempre se los pensó sólo momentáneamente sometidos, temerosos de los mecanismos de control de la ciudad, de la Iglesia; pero nunca dejaron de ser considerados habitación de enemigos taimados. Una fuerza irracional cercó siempre el corazón de la ciudad, sitió el ámbito donde vivían las personas de carácter, la gente de razón —como se llamaban a ellas mismas.

Peligro imaginado como algo tan real que las autoridades encargadas de la defensa de la ciudad lo planearon utilizar como recurso último para desbaratar la invasión. Sabiéndolo exacerbado, lo provocaron hasta el extremo. Antes de salir de la capital, ya derrotado, Santa Anna abrió las cárceles de la capital, seguro de prender con ello la mecha de una bomba a cuyo estallido era posible encomendar la inutilización de la ciudad que buscaba ocupar el enemigo. Un volcán cuya erupción lo desorganizaría todo, al invasor incluso. La derrotada autoridad militar salió más tranquila al saber que la ciudad cuya defensa le había sido encomendada quedaba abandonada en garras de esa fuerza oculta, destructora, y con la seguridad de haber iniciado un caos a cuyos despojos volvería para recoger las glorias de una victoria segura.

Para esto, el gobierno general ya emprendió la retirada yéndose a refugiar a Querétaro. Como él, quien ha podido, quien ha tenido adónde ir a meterse; un río de gente —con todos esos triques conmovedores que en esos momentos las personas pensamos imprescindibles— deja la ciudad. Y en el privilegiado centro casi solo se quedan, aterrorizados, quienes no tienen adónde buscar refugio, quienes no tienen más alternativa que in-

tentar esconder a su familia encerrándose a piedra y lodo y vivir esta amenaza doble, la de fuera y la de más afuera. Esperanzados, muchos de ellos sacan a sus balcones banderas de otras nacionalidades, alternativas digamos.

Lo que ocurrió los siguientes días es tema del libro que nos ocupa, *Sueñan las piedras*, de Fernando Granados. Pero hay que aclarar que pese a que, sobre todo en este tema, el hábito de la historiografía ha sido recuperar la memoria de las élites, el autor no atiende el miedo de los ricos. Le interesa en cambio entender la fascinante organización, precaria, pero perceptible, del levantamiento popular que siguió: el extraordinario alzamiento del 14, 15 y 16 de septiembre de 1847.

Porque el enojo de los temidos habitantes de los barrios se tradujo en un levantamiento que no fue el caos que previeron las autoridades, el que temía todo mundo. La plebe organizó con éxito la defensa, no de la ciudad que ya estaba perdida, menos aún la de una nación que no existía: la defensa, en cambio, de sus barrios. Tan certera como que estos espacios se mantuvieron valientemente vedados a los gringos el tiempo de la ocupación.

Nuestro autor, como Santa Anna entonces, mañosamente aprovecha este momento irrestricto de la población, de la “pobrería”, pero él para percibir el pulso inquieto de aquella ciudad, invadida, asustada. Su propósito, escribir una historia social, no patria. Tema elusivo, si los hay; de casi imposible, milagrosa documentación. Con problemas recomendables sólo para quien en verdad quiera poner a prueba su oficio, su imaginación. Que exigió un esfuerzo desusado por devolver a quien corresponda la propiedad de una memoria por la que casi sólo había mostrado interés la deformada versión oficial de la historia de México. La memoria elocuente de un momento decisivo de nuestra historia —ahora lo sabemos. Días los más sangrientos, o de los más sangrientos, de aquella invasión. Sin embargo, días indudablemente fértiles para la encarnación de nuestra nacionalidad, éstos en los

que nuestro autor ha sabido rebuscar. En ellos, siguió los movimientos de ese personaje que lo fascina, de esa “plebe”, para indagar, para deducir una lógica que parecía improbable, la de sus escaramuzas y, de ellas, sus motivaciones profundas. Aprovechar que el ruido de esa otra historia que ya todos nos sabemos aturde en Querétaro.

Con certera, cuidada narrativa, nos invita a reconocer un sustrato más profundo, una realidad sustancial y por ello más elocuente de un pasado de la ciudad que apenas conocemos. Nos muestra una entidad, un personaje tan poco preocupado de su posteridad, de dejar huellas que den cuenta de su actuación, que sólo es posible conocerlo si con infinita paciencia, agazapados, esperáramos momentos como éste de la invasión para verlo salir de su anonimato y defenderse; verlo aparecer ante nuestros ojos asombrados. El resultado es innegable. Nos presenta a la entidad que en aquellos momentos irrumpió, cobró protagonismo y se comportó con lógica confusa, apenas discernible, pero con el propósito inequívoco del “no pasarán”.

Es difícil aquilatar la intensidad que cobró la vida de la ciudad en aquellos momentos, aquellos escasos días que con tanto interés nos relata Fernando Granados. Esos días que jugaron, para la concreción de lo que habría de ser la nacionalidad mexicana, un papel fundacional, inaugural. Alejandra Moreno, en un verdadero hallazgo, sostiene que los acontecimientos de esos días aportaron al imaginario popular el contenido real, la cicatriz que da nervio a nuestras fiestas patrias, ni más ni menos que a la noche misma en que celebramos el famoso grito de independencia. Los acontecimientos de esas fechas tan exactas, la intensidad de lo vivido en los enfremamientos con el invasor —nos dice— son la médula del recuerdo por el que, desde entonces, “la población se reúne en el zócalo y espera a que, desde el balcón de Palacio, el presidente saque a ondear la bandera. En ese momento se reitera, cada año, el pacto de defensa popular de la nacionalidad. No se trata de una ce-

remonia impuesta ritualmente por el Estado. Su origen arranca de una lucha popular y como tal debe reconocérsele”.

El libro de Granados no es sólo la historia, la narración fascinante de aquella lucha popular. Es también el recuento pormenorizado de la ruta que tomó la investigación, de los recursos teóricos y metodológicos que hicieron falta. El autor no escatima sus perplejidades, que naturalmente son muchas y que ojalá den lugar, inviten a nuevas indagaciones, a nuevos intentos de tomarle el pulso a la vida íntima de aquella ciudad, de su sociedad. Un esfuerzo y unos resultados en verdad entusiasmantes.

Esteban Sánchez de Tagle

*Instituto Nacional de Antropología e Historia*

MICHAEL P. COSTELOE, *Bonds and Bondholders: British Investors and Mexico's Foreign Debt, 1824-1888*, Praeger, Westport Connecticut, 2003, 359 pp. ISBN 0-275-97939-3

La obra que reseñamos constituye una aportación valiosa, a la investigación de la historia financiera de México en el siglo XIX. Proporciona mucha información nueva y detallada sobre la deuda externa mexicana en el siglo XIX, pero no ofrece una contribución analítica del tema. Ello resulta sorprendente ya que el caso de la deuda mexicana se ha convertido en paradigmático en la literatura histórica de un país que enfrentó la crisis de la deuda más larga de la historia, de 1828-1888. Evidentemente hubo años en que los tenedores británicos de los bonos mexicanos de los empréstitos de 1824-1825 recibieron pagos parciales, pero el gobierno mexicano estuvo en bancarrota durante la mayor parte del siglo.

Mientras Michael Costeloe reconoce que existe una amplia gama de estudios sobre la agitada y prolongada historia de las deudas